

empeños no podian dejar dudas, de que se unirian, ántes, á la opinion de sus superiores naturales, que á la de la asamblea, detestada por toda su casta. Este desgraciado juramento, rechazando toda una clase, la obligaba, casi, á la rebellion, y creaba la necesidad de nuevos castigos, y proscripciones; pero estos rigores no podian menos de dañar á la libertad, haciendo su causa odiosa, sin tener, á lo menos, la ventaja de reducir los eclesiásticos á la obediencia, pues que hacian de la resistencia un punto de honor, y algunos, hasta una ley de conciencia.



§ IV. Dia de las puñaladas. — Muerte de Mirabeau. — Seguida de los decretos de la asamblea constituyente.

La emigracion continuaba. Un tropel <sup>1791.</sup> de nobles iba á reunirse con los principes, y el juramento exigido á los sacerdotes se hacia un nuevo pretexto, para huir. Los aristócratas decian, que se violaba la libertad de conciencia, y mil ateos, de buen tono, huian por no vivir en un pueblo cismatico. Las señoras tias del rey, alarmadas con la necesidad de verse precisadas á tomar la comunion de las manos de un sacer- <sup>19 feb.</sup> dote constitucional, dejaron tambien á Paris, con el designio de ir á Roma con pasaporte del rey, por haberselo negado la municipalidad. Fuéron detenidas en Arnay-le-Duc : y guardadas,

por el Ayuntamiento de este pueblecito. La asamblea, despues de algunas discusiones, permitió á dichas señoras salir de Francia. Su decreto causó turbaciones; pero la firmeza de Lafayette contruvo el pueblo. Los rumores de la huida del rey volviéron á tomar consistencia, que se aumentaba todos los dias; con este miedo, publicaba el pueblo la traicion, y, mientras un viage, que hizo la corte á St.-Cloud, se temiéron las escenas del 5 y 6 de octubre.

28 feb. Un alboroto popular, que tuvo lugar en los arrabales de Paris, agravó las sospechas del partido nacional. Varias gentes del pueblo, habiendo oido, que habia una porcion de armas en Vincennes, se pusieron en marcha, para demoler esta fortaleza. Lafayette los siguió de cerca, y restableció el orden;

pero la corte se aprovechó de su ausencia, que creyó fuese mas larga: muchos centenares de aristócratas, la mayor parte miembros de la sociedad monarquica fuéron á las tullerias, en donde entráron armados de puñales, pistolas, y bastones con florete. Su proyecto era llevarse el rey, ántes que volviesen Lafayette, y la milicia nacional, bajo el pretesto de defenderle, contra la pretendida insurreccion de los arrabales. Lafayette, informado, en tiempo, de lo que pasaba en palacio llegó con un fuerte destacamiento de guardias nacionales, cuando se creia, que, aun estaba ocupado en disipar los facciosos, que habian ido á Vincennes. Su presencia sorprendió, y consternó los nobles, que resistieron á sus ordenes de dejar las armas. El rey, intimidado, repitió la

orden de Lafayette con la que se depositaron las armas, y los nobles desfilaron entre soldados ciudadanos, que respetaron sus vidas; pero llenandolos de humillaciones las mas vergonzosas. El dia siguiente hizo Lafayette fijar en Paris una proclama, para tranquilizar los ciudadanos. Decia en ella, que semejantes escenas no se renovarían, y que habia dado, para prevenirlas, ordenes à los *gefes de la servidumbre de palacio*. Los duques de Villequier, y de Duras, caballeros de la camara, que Lafayette calificaba así, diéron su demision, furiosos de que se humillasen, á los ojos del pueblo, títulos y funciones tan honrados, en otro tiempo.

El general Lafayette, cuya buena fe ha creído, siempre, que los dos

movimientos de este dia, fueron el resultado de una misma conjuracion: Santerre, á la cabeza de su batallon, condujo los incitadores á Vincennes. El comandante general le suspendió de sus funciones, y desde el principio de los informes, que se dirigieron contra el, se conoció, que habia sido, sin saberlo, el instrumento del partido aristócrata.

Santerre era hombre de muy buena fé, pero enteramente incapaz, y bastaba hablarle de *libertad y civismo*, para hacerle cometer todo genero de excesos.

Parece que los autores de esta jornada tenian dos objetos, el uno de llevarse el rey, y reinar en su nombre del seno del ejercito de Bouillé; y el otro de asesinar á Lafayette, y establecer en Paris la mas sangrienta, y ridicula

anarquía. En efecto una tentativa de muerte se puso en ejecución contra el comandante general de Vincennes, y la bala que se le habia destinado, pasó el vestido del edecan Romœuf. En Paris, cuando se calmó la insurreccion, bastones de gancho fuéron arrojados á los pies del caballo de Lafayette, para derribarle, y, furiosos, le amenazaron con sus armas. Tales eran ya los medios de que se valia la aristocracia, para restablecer su poder, y era preciso, que conociese, quan odiada era del pueblo, para recurrir á tan horribles expedientes.

La asamblea nacional concluia su constitucion, y, en caso de menoría, la regencia pertenecia, por un decreto, al mas proximo pariente del rey, con <sup>22 marzo</sup> exclusion perpetua de las mugeres. Otro

decreto prohibió al monarca la facultad de dejar la Francia, sin permiso de la asamblea, ni retirarse á veinte leguas del cuerpo legislativo. Este decreto pro-<sup>28 marzo</sup> vocó violentos debates, y nuevas protestas de parte de los aristócratas. Mirabeau fué, violentamente, insultado por los miembros del lado derecho, y uno de ellos (de Ambly) llegó hasta amenazarle con el baston.

Los obispos, y los nobles quisieron, entónces, comprometer á Luis XVI mismo: le aconsejaron una medida imprudente, que debia aumentar la irritacion del pueblo, y conducirle á las mayores desgracias. El tiempo de pascua se acercaba, y, á pesar de la sancion, dada por el rey á la constitucion civil del clero, pensaron, que su negativa de recibir la comunion de las manos de

sacerdotes constitucionales de St.-Germain-l'Auxerrois, su parroquia, seria una verdadera protesta contra las actas de la asamblea, y una prueba de su falta de libertad, para la sancion. Alquiláron una iglesia los sacerdotes, que no habian querido jurar la constitucion, para celebrar, y se fuéron allí todos los aristócratas. Este paso tuvo por objeto excitar nuevas turbaciones, que se verificáron; el pueblo se agolpó, persiguió los sacerdotes, dió azotes á las mugeres, cerró la iglesia, y los privilegiados publicáron la persecucion. En este tiempo se preparaba el rey para ir á St.-Cloud, en donde queria pasar las pascuas. Se extendió la noticia de este viage en Paris, y se creyó, que los aristócratas selo habian sugerido con el objeto de facilitar su evasion y huida á Metz. Tocáron á

rebato las campanas; se batió la generala, y el pueblo, corriendo á la presencia del rey, le cerró el paso, y le impidió marchar. Lafayette, á la cabeza de la guardia nacional, dispersó el tumulto, y, habiendo recibido ordenes del rey, mando abrir paso. « No consentiremos que se aleje, » respondieron de todas partes; no se ira. Lafayette redobló sus esfuerzos, y Bailly arengó á la multitud. ¡Esfuerzos inútiles! Estaban todos resueltos á detener al rey. Luis XVI se decidió, en fin, á volver á palacio, y los aristócratas quedáron satisfechos de esta escéna, porque iba á probar á la Europa, que estaba preso. El dia siguiente fué el monarca á la asamblea; habló del tumulto del dia anterior; se quejo de que no estába en libertad, y anunció, que, para impedir á los ene-

migos de la constitucion, hacer valer su falta de libertad, persistia en hacer su viage á St.-Cloud. El viage no tuvo lugar, y los privilegiados repitieron, que el rey estaba preso.

Todas estas maniobras tenian, por objeto, aumentar la emigracion. El conde de Artois y el principe de Condé reuniéron á ellos una corte brillante con la considerable parte de nobles, que emigráron. En Mons, Bruselas, y Coblenza se decia con altanería, que volverian á Francia á destruir la constitucion. Estas seguridades de los emigrados, ridiculas para los extrangeros, que las veian de cerca, arrojaban la alarma en la nacion. La opinion publica reclamó una ley, que evitase estas intrigas, y la asamblea encargó á la comision de constitucion le presentase un

decreto con la mayor brevedad. Lechapelier, orador de la comision, propuso, temblando, una medida violenta, que daba á cinco miembros de la asamblea un poder de dictadores contra los emigrados, y las personas que quisiesen dejar la Francia. Mirabeau se opuso con su fuego acostumbrado á este decreto, que fué desechado por la asamblea, despues de una borrascosa discusion.

De este modo la elocuencia de un grande hombre, formidable á los aristócratas, y terrible para los anarquistas, balanceaba el influjo de los dos partidos rivales; pero al fin es preciso decirlo: este genio admirable estaba ya vendido á la corte, que habia combatido, tantas veces. Las negociaciones para esta venta fueron en el principio infructuosas, porque habian abocado, á Mirabeau, con

agentes demasiado torpes. Mirabeau conocia bien, que se servian de él sin amarle, y no queria prestarse al restablecimiento del despotismo, que le hubiera, infaliblemente, perdido: conocia tambien, que su popularidad era su arma, y su primera fuerza; y que no era posible la arriesgase, por favores instantaneos. Habia escogido, pues, por intermediario en su tratado con la corte, un principe (Luis XVIII) que le parecia capaz de comprender sus grandes designios, y los verdaderos intereses de la monarquía. Conviniéron mutuamente que, sosteniendo el trono por sus esfuerzos comunes, tendrian igualmente, por objeto, la monarquia representativa, la fuerza del trono, y la libertad del pueblo. Mirabeau se obligó á tratar con Monsieur, sobre todas las grandes cues-

tiones, que se ventilasen en la asamblea; prometió hablar en lo que los dos convenian, y estaban de acuerdo, en guardar silencio, cuando diferenciaban sus la opiniones.

Mirabeau se conformó con este plan, atacando siempre á los aristócratas con la misma fuerza, cuya ceguedad no podia menos de perjudicar al principe, contemplando á los moderados algunas veces; pero sin unirse á ellos, enteramente, sino cuando la salud de la monarquía constitucional se hallaba comprometida: de este modo servia igualmente los intereses del trono, los de la patria, y los de su propia popularidad. Es muy sensible verse obligado ó confesar que, con intenciones tan laudables, recibiese un vergonzoso salario; pero documentos autenticos justifican, que,

á mas de sumas enormes, que la corte le prodigaba cada mes, tenia en su poder la contrata, que le hizo el monarca, de darle una embajada al fin de la legislatura. A pesar, de sus vicios y su venalidad, todos los partidos tenian puestos los ojos en él, y le consideraban necesario á su salud; los patriotas conocian muy bien, que en las grandes ocasiones, no abandonaria jamas la causa de la libertad; y los moderados, creian que su influjo bastaria, para poner una barrera á la revolucion; pero los aristócratas nada veian, ni comprendian, y aborrecian la superioridad de un hombre, que solo queria, y podia, aun, salvarlos de la borrasca, que les amenazaba. Las circunstancias eran graves; ademas, los constitucionales, que empezaban á creer, que la revolucion

los llevaba demasiado lejos, la corte y los patriotas esperaban en el grande hombre, cuando una enfermedad repentina vino á poner sus dias en peligro, y consternar, con tal acontecimiento, á todo Paris. Todos los partidos cercaron la puerta de Mirabeau; las sociedades populares, la asamblea nacional, y la municipalidad, enviaron á saber dél. Se esperaba con ansia el boletin de su salud, que su amigo, y medico Cabanis hacia distribuir de hora en hora, y se pedia al cielo por su curacion. ¡Votos inútiles! Sucumbió, y la asamblea y la Francia conociéron el vacío, que dejaba su pérdida en las mas solemnes discusiones. Los aristócratas mismos empezaron á ver, que la fuerza de su vigoroso contrario podia servirles algunas veces, del mismo modo, que



podia confundirlos. Se cerraron los teatros, y el pueblo manifestó su inmenso dolor. La asamblea llevó el luto, por Mirabeau, ocho dias, é hizo enterrar su cuerpo en las bovedas de la antigua iglesia de Santa Genoveva, que, bajo el nombre de Panteon francés, se destinó á recibir las cenizas de los grandes hombres.

Despues de la muerte de Mirabeau, no hubo, ya, sino gefes de partido, y ningun orador tuvo influjo en la asamblea. Barnave, Duport y los Lameth, directores de la sociedad de jacobinos, ejercieron cierto poder sobre el partido democrático; pero ya estaba este demasiado dividido. Robespierre, Petion, Buzot, Rabaud y Antoine, conducian una pequeña memoria mas violenta, y que, en adelante, debia subdividirse

en muchas secciones. A su lado marchaban los Orleanistas, compuestos de algunos diputados, que se reunian, siempre, á los mas ardientes jacobinos, para impedir toda reconciliacion, entre Luis XVI y los patriotas. Lafayette, y Bailly quedaron á la cabeza de los constitucionales, que se hacian mas fuertes, por la desercion de algunos jacobinos, asustados de la exageracion de una parte de su faccion. Los monarquistas, casi eclipsados, se confundian, tan pronto con los constitucionales, como con los aristócratas, que solos, sin haber mudado jamas, desde el principio de la revolucion, estaban aun firmes en su preocupacion, reclamando sus molestos, y perniciosos privilegios, y el antiguo régimen. Todos estos partidos estaban encarnizados los unos contra los otros;

pero los patriotas nunca dejaron de reunirse, para combatir á los aristócratas, sus comunes enemigos.

Sin embargo se presentó una circunstancia, en la que los dos extremos de la asamblea votaron juntos.

Se trataba de saber, si los diputados de la asamblea constituyente podrian ser réelegidos en la legislatura, que los reemplazase. Los constitucionales, fuertes, por su mayoría formidable, siendo réelegidos, querian, en la asamblea siguiente, velar por la ejecucion de la constitucion, que acababan de establecer. Los jacobinos, seguros de la opinion del pueblo, pero temerosos de que su confianza en hombres desconocidos, que ya le habian hecho importantes servicios, no tuviese la mayoría de la asamblea constituyente, votaron contra la réeleccion, esperando

de este modo ver dominar su partido en la nueva legislatura. Los aristócratas, que pensaban siempre, llevar la revolucion á los excesos, se reunieron á los jacobinos, y los diputados constituyentes fuéron declarados inaptos á la réeleccion. Bazot, solamente, del partido jacobino, <sup>16 mayo.</sup> votó con los constitucionales, y fué mas lejos que ellos, pues propuso separar el cuerpo legislativo en dos secciones, que deliberasen, separadamente, y votasen en comun, conuinando, por este medio, la sabiduria de las deliberaciones de las dos camaras, con la fuerza de una sola asamblea. Su mocion fué desechada por una mayoría formada de aristócratas, y jacobinos.

La constitucion tocaba ya á su termino, y se ocuparon de la organizacion de la fuerza armada, porque temian que